

M- 22552

R- 40055

ATN
3193

PARENTACION
Y AFECTUOSO SENTIMIENTO
QUE LA M. N. Y M. L. CIUDAD
de Pamplona, cabeza del Fidelísimo Reino
de Navarra

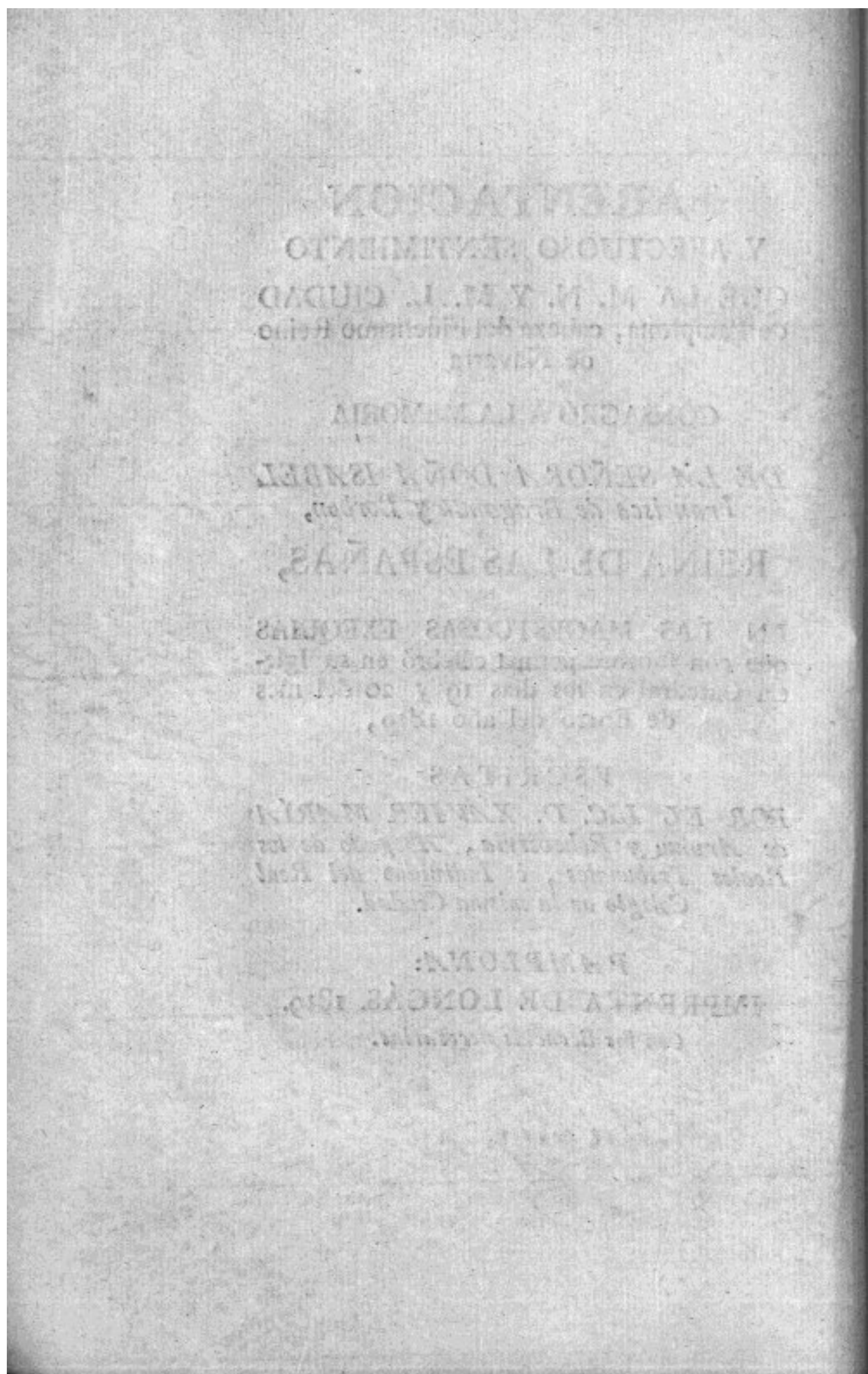
CONSAGRÓ Á LA MEMORIA
DE LA SEÑORA DOÑA ISABEL
Francisca de Braganza y Borbon,
REINA DE LAS ESPAÑAS,

EN LAS MAGESTUOSAS EXEQUIAS
que con fúnebre pompa celebró en su Igle-
sia Catedral en los dias 19 y 20 del mes
de Enero del año 1819,

ESCRITAS
POR EL LIC. D. XAVIER MARÍA
de Arvizu y Echeverría, Abogado de los
Reales Tribunales, é Individuo del Real
Colegio de la misma Ciudad.

PAMPLONA:
IMPRENTA DE LONGÁS. 1819.
Con las licencias necesarias.

Librería
B



3

INTRODUCCION.

Siempre han sido atributos inseparables de la Imperial Ciudad de Pamplona el acendrado amor y la constante fidelidad á sus Augustos Soberanos: conaturalizada con virtudes, que tanto la ensalzan, no ha podido oir en apatía el padecer de aquellos, ni mirar con indiferencia sus desgracias; grabados en su generoso pecho esos tiernos afectos, han egercido tan dulce y poderoso imperio en los sentimientos de los dignos Magistrados, que jamas sin honor han ocupado los Escaños del Consistorio que fija su vista en el alzado Trono que regeneró el inmortal Peláyo, ha podido apenas vislumbrar de lejos el luto ó el quebranto, cuando ya lo han hecho suyo, y comunicadolo en rápido curso á las almas de los leales Pamploneses: entonces se ha dejado ver, no sin sorpresa

de los que desconocen la delicadeza del amar, una misma palidez, un mismo dolor, y solo el aspecto lúgubre de la pena en la alterada faz de todos cuantos tuvieron por patria la capital de la antigua Vasconia.

La fidelidad y el amor que tanto sensibilizan los corazones, do reciben grata acogida, si hablar pudieran, dirian en su idioma de la verdad, que Pamplona, la siempre Leal Pamplona las ha consagrado dentro de sus temidos muros un Templo, nunca profanado, donde las tributa los mas puros é inefables holocaustos; no de otro modo podrian explicarse, pues olvidar no saben, que si la España llora el infortunio de sus Reyes, Pamplona siente el punzante dardo que lo ha causado.

Tal ha sido desde su primera creacion; asi la vieron las pasadas generaciones, y si dado las fuera alzarse de lo hondo de los sepulcros en que sumidas yacen, vieran hoy á la Imperial Pamplona plañir á la par con su bien amado Monarca el Señor Don Fer-

ando VII la temprana muerte nunca bastante-
mente llorada de su virtuosa compa-
ñera, y nuestra adorada Reina Doña Isabel
Francisca de Braganza y Borbon.

Era el ornamento del Trono Hispano:
Madre la mas tierna de sus Vasallos, y la
esperanza de los pueblos y provincias de la
Monarquia Española, que la miraban como
un fecundo plantel de inmarcesibles felici-
dades; pero fugaz el bien huye del hombre
con la presteza del relámpago: Isabel mal-
hadada acreditó esta verdad, pues cuando
apenas llegó á descubrir el gérmen de las
súblimes virtudes que envejecian su pecho,
desapareció de entre sus hijos dejando huér-
fano el suelo Ibero.

La parca despiadada privó á Pamplona
del caro objeto que hacia sus delicias; si
concedido la fuera hubiera osado vengarse
de tamaña ofensa, pero ya que debe sufrirla
sometiéndose á los decretos siempre justos
del Eterno Dios, la quedaba el religioso re-
curso de dirigir y tributar fúnebres obse-

quios á la memoria de su Augusta Soberana.

Llenó con efecto estos deberes de Religion y de gratitud: fácil la fue llevarlos hasta su ultimo complemento, pues cuando impera el corazon y la voluntad es impelida del amor, nada hay invencible: su egecucion no satisface por sí sola los estímulos de su insondable fidelidad; quiere ademas Pamplona que la noticia de los magestuosos y solemnes homenajes que ha dedicado á el Alma de su Soberana, circule de pueblo en pueblo, de provincia en provincia, y de unas á otras generaciones: aspira anhelante á que en rasgos inmortales quede impresa la pesadumbre que aflige su latiente pecho: empresa es tal vez insuperable: copiar la pena, explicar con dignos caractéres las amargas impresiones del dolor, poner á la vista del entendimiento la intensidad de un agudo pesar, cual fue el de la fidelísima Ciudad de Pamplona cuando supo la fatal nueva de la muerte de su Soberana, son afectos que huyen del pincel inesplicables comociones

que no se sujetan á la pluma : la mia , novel é inesperta , podrá muy menos delinear con el vivo color que se merecen tan profundos y delicados sentimientos que hasta se deslizan de la imaginacion.

Empero necesario es hacerlo ; una Deidad , la Gratitude hermosa , que mas que otras virtudes honra á quien la consagra sus votos , lo pide ansiosa ; su dulce y estimulante voz no puede ser desatendida : Pamplona excitada por el amor , por la fidelidad , y por la preciosa gratitud á sus Príncipes ¿habrá de sentir estérilmente la pérdida funesta de su Isabel ? ¿Consentirá que su sensibilidad , su ardiente pena , sus fúnebres plegarias , los tristes holocaustos que ha elevado al ser supremo en los dias de sus sentidas Exequias , queden olvidados y para siempre envueltos entre las pavorosas sombras del silencio ? Lejos de mi tan desolante idea ; lejos la baja timidez que ceder pueda en descrédito del digno renombre que ha merecido de sus Reyes la N. y L. Ciudad de Pamplona ,

Los magníficos , fieles , y bien amados de la que fue su Soberana , deben á todo trance dejar impreso á la posteridad un testimonio de su gratitud , que si explicar no pueda con rasgos acabados los grados todos de su tierno padecer , al menos dé una idea de lo que sintieron , por las muestras exteriores que dieron de su luctuoso quebranto.

Llega á Pamplona la funesta nueva de la muerte de su Soberana , y hace pública demostracion del sentimiento que la oprime.

Se gozaba esta Imperial Ciudad en la satisfactoria esperanza de que el próximo alumbramiento de su amada Reyna daría , en venturoso fruto , un Principe , que asegurase la sucesion al Trono que la heroica España supo arrancar de las ambiciosas manos del Tirano de la Europa , aherrojado ya , y opreso para siempre en justo premio de su desmedido orgullo : habia alzado al

Dios de las misericordias sus fervientes y religiosos votos para tocar tan suspirado momento : un prestigio engañoso la anunciaba solo felicidades , y venturas solas : mágicamente ponía á su vista el cuadro mas lisongero ; su Augusta y sensible Soberana acariciando al tierno bástago de la familia de Borbon y Braganza ; ese ser inocente retornando á su Madre sus gratas caricias, y presagiando con sus nobles facciones el esplendor , que un dia era de dar á la Diadema Española ; lo miraba crecer á la augusta sombra de la virtud , y formarse por el modelo de sus Inclitos Padres ; ya lo veia entronizado , dispensando bienes , y consolidando la gloria de la española gente: tal era el pensar de la Ciudad de Pamplo-
na , pero ; cuan vanas fueron tan seducto-
ras esperanzas ! El Omnipotente Dios lo ha-
bia predispuesto de otro modo en el sagra-
do libro de los decretos eternos : no hubo
criado á la candorosa Doña Isabel de Bra-
ganza para vivir largos años entre los hom-

bres : la marcó para la mansion celestial, y en la noche del dia veinte y seis de Diciembre la llevó á mejor vida.

Pamplona perdió en ese terrible momento un bien , que ávara idolatraba ; lo perdió , pero su mente aun se gloriaba en su posesion , y corrió hasta su fin el fortunado año de mil ochocientos diez y ocho , sin que motivo hubiera para que huyese ilusion tan encantadora : entró con la misma en el de mil ochocientos diez y nueve , pero ¡ cuan pocos instantes fue felice ! Hora fatal del dia primero de Enero , tu sola sabes el rayo destructor , que hirió á la fidelísima Pamplona , cuando supo la malhadada noticia de que Doña Isabél Francisca de Braganza habia sido victima de la palida muerte ; fue mucho su triunfo para que no se adelantára á esparcir rumores del denodado golpe , que acababa de fulminar ; llegaron á los Señores Capitulares antes de que abrir pudiesen el pliego del Rey nuestro Señor , y se reunieron pavorosos en su Sala

consistorial , donde entre angustias y ansiedades oyeron leer , en tremula voz , el infausto pliego , cuya copia literal se subscribe.

EL REY.

*M*agnificos y bien amados mios Alcaldes y Regidores de la M. N. y M. L. Ciudad de Pamplona. Habiendose servido nuestro Señor de pasar de esta á mejor vida á la Reina, mi muy cara y amada Esposa en la noche del veinte y seis del corriente á las nueve y veinte y cinco minutos de ella , he resuelto con el dolor que me debe este tan sensible contratiempo avisaros de ello , para que como tan buenos y leales vasallos cumpliendo con vuestra obligacion dispongais que en esa Ciudad se hagan las honras , funerales y demostraciones , que en semejantes casos se acostumbran. De Palacio á veinte y ocho de Diciembre de mil ochocientos diez y ocho. = YO EL REY. = Por

mandado del Rey nuestro Señor. = *Juan Ignacio de Ayestaran.*

Un pavoroso silencio se apoderó de este Ilustre Senado al ver escrita en caracteres ciertos la muerte de su Soberana : la opresion del dolor , estampada en su congojoso rostro , muda , pero espresivamente anunciaba la honda impresion , que hubo producido en su pecho tamaña desventura ; mas como los males desmedidos permanecer no pueden tiempo largo encerrados , llegó por fin á estallar , y se desahogó la pena en lagrimas disuelta ; no desdoran las que vierte la ternura , son el tributo mas honroso de la sensibilidad ; y asi es que nunca los Magistrados de Pamplona se creyeron mas dignos , que cuando notaron sus ojos bañados con los raudales de la dulce ternura ; preciso era se esforzáran á contener su emocion , cada vez mas animada , para dedicarse á cumplir los deberes de su amor y de su celo religioso , y ya que su inquieta pesadumbre no les permitia tomar de pronto acaba-

das resoluciones , si se apresuraron á determinar que el público, no menos angustiado, vistiese lugubres ropas , que digesen uniformidad con la negra y amarga cuita , que estaba taladrando su interior , y aun dibujada en su pálido aspecto.

Se distribuyeron en seguida á los Señores Capitulares las diversas comisiones , indispensables para consumir noble y magestuosamente la funcion lúgubre, que era de consagrarse á los Manes de la difunta Soberana: unos tomaron á su cargo el arreglo y disposiciones de los lutos , otros el ir en legacia al Ilustrísimo Señor Obispo en solicitud del competente permiso para el universal clamoreo de las campanas de todas las Iglesias , y otros en fin el activar la construccion del Capelardente.

Con la mayor rapidez dieron todos cabo á sus respectivos encargos , y á los pocos dias se vió erigido en el punto centrico de la Iglesia Catedral un alzado y pavoroso Panteon , que cuasi frizando con las altas bóbe-

das de ese Santo Templo , fue admiracion de los que supieron la brevedad del tiempo, en que se construyó.

Su mole colosal contaba hasta cinco cuerpos : su vase ocupaba todo el espacioso ámbito , que media desde uno al otro Pulpito, y de estos á las rejas del presbiterio ; dos anchurosas escalas abrian el ascenso ó suvida al primer pavimento, colocadas en los frentes contrapuestos de la capilla mayor , y del coro ; Orlaba y defendia los extremos de su diametro por sus cuatro costados un agraciado balaustre , que daba vista á los cuatro restantes tramos que iban estrechándose proporcionalmente , formando una hermosa figura piramidal. Las negras bayetas que cubrian toda esa maquina, los sepulcrales emblemas de que estaba sembrada , los bellos geroglíficos y metros alusivos á los conceptos que espresaban , y el número infinito de luminosas antorchas y achas de amarilla cera, que en tremula agitacion ardian al derredor, y en todos los puntos del Catafalco inspira-

ban á un tiempo mismo el pavor, la ternura, el respeto y las lágrimas.

Todo era tétrico, austero, y horroroso, pero lo que mas conmovia la piedad, y enternecia el sentimiento era la regia Tumba, que colocada á la cabeza de la piramide representaba el fúnebre lecho, en que yacia el yerto cadáver de nuestra Soberana; Urna, que al traves de verse esmaltada de galones de oro, sosteniendo fastuosas almohadas, Corona y Manto Real, descubria su duelo en un paño de terciopelo negro, que hiriendo sensiblemente la vista de los que sumidos en el dolor la elevaban hasta la altura en que descollaba, infundia respetuoso silencio, pávido acatamiento, y llanto de ternura y de desconsuelo, como que recordaba misteriosamente nuestro comun infortunio, y desolacion.

Esta se iba progresivamente sintiendo mas de cerca conforme se aproximaban las fúnebres ceremonias. La mañana del dia 13 fue la designada para dar el pename al Ex-

celentísimo é Ilustrísimo Señor Don José de Ezpeleta , Conde de Ezpeleta de Beire, Virey y Capitan General de este Reino: ese primero, y público acto debía solemnizarse con todas las señales de Magestad ; y al efecto invitó la Ciudad á sus vecinos para que la acompañasen desde su Casa de Ayuntamiento: se congregó en ella la precitada mañana, decorada con el respetable y melancolico traje, propio de las circunstancias y analogo al estado de su luctuoso corazón: se dejaron ver á poco rato en la Sala Consistorial los vecinos de la primera Nobleza, y demas clases , que cubiertos de negras vestiduras denotaban de lejos su tristeza; esta fue subiendo de punto al ver el aparato lúgubre de los Señores Capitulares, y las enlutadas colgaduras, en que se habia cambiado el alegre carmesí que antes hermoseaba el Dosel, y los asientos de la Sala del Consistorio, de cuyo lienzo principal perdía el Retrato de nuestro condolido Monarca, que por los claros de una transparente

gasa parecia dejarse ver entregado al dolor , y en tiernas lágrimas anegado.

Hubieron todos de retirar sus enternecidos ojos de tan dolorido cuadro para no prorrumpir en destemplados sollozos, y fue un acaso feliz que en aquel crítico momento hubiese llegado el de la salida para el Palacio del Excelentísimo Señor Virey. Dióse la voz, y cual si todos la esperasen ansiosos, antes de terminar su sonido se vió aquella Ilustre asamblea desfilar con grave y pausado movimiento : los vecinos que componian numeroso acompañamiento, precedian en diversos grupos ; seguian en pos de ellos los Timbales de negro embayetados y flojos sus parches , para que al tocarlos la mano trémula del Atabalero que igualmente de negra ropa iba vestido , no diesen otro sonido que el de la tristeza : los ensordinados Clarines se veian detras con enlutadas Dragonas , dando de trecho en trecho al viento alado melancólicos ayes, los que eran correspondidos en ecos dulces por los suspi-

ros tiernos de las sensibles Damas que en-
vellecian los balcones y ventanas de los edi-
ficios del tránsito : los tres Tenientes de Jus-
ticia manifestaban á corta distancia , y en
pasos graves el dolor que los desanimaba ;
con igual gravedad se movian los tres Fie-
les de largas y oscuras capas cubiertos ,
llevando sus mazas de tafetan vestidas.

Á corto trecho se dejaba ver la impo-
nente lúgubre pompa de los Señores Regi-
dores y Secretario de Ayuntamiento , que
de dos en dos , y guardada la separacion
que pedian sus tendidas caudas , rastreras
por el suelo , inspiraban la impresion del
pesar , que en su interior latía á los asom-
brados expectadores , que llenaban los por-
tales , y avenidas de las calles del paso : co-
ronaban la marcha los tres Regidores Cabos
con las mismas insignias de magestuoso due-
lo , y con igual continente de respeto y de
pavor.

Llegaron á Palacio , y abriendo calle la
multitud del acompañamiento , fue pasando

la Ciudad , precedida del Señor Cabo preeminente , y en pos por orden progresivo fueron entrando todos los Señores Capitulares y el Secretario en la Sala principal , que es la destinada para semejantes cumplidos , donde ya esperaba el Excelentísimo Señor Virey con el correspondiente uniforme de Capitan General y luto Militar , descubierta bajo el Solio , al que adornaba un Retrato de nuestro Soberano : colocados en los asientos , que eran preparados en forma de Estrado , y manteniéndose de pie los vecinos dentro de la espaciosa Sala , el Señor Regidor preeminente Don Cristoval María de Ripa y Jaureguizar , dueño de los Palacios de Cabo de Armería de Ripa y Jaureguizar , cumplimentó á S. E. diciendole : „ los vecinos „ de la M. N. y M. L. Ciudad de Pamplona , „ partícipes inseparables de las penas de su „ amado Monarca , vienen á manifestar á V. E. „ los sentimientos de dolor que los acompaña : „ en situacion tan sensible , Señor Excelentísimo , „ mo , dirigirán sus ruegos al ser supremo pa-

„ra que colme de Gloria á una Reyna, cuyas virtudes prácticas harán que su memoria sea eterna en los venideros siglos” : este razonamiento tan patetico, como espresivo de la situacion amarga, en que se hallaba la Ciudad, fue contestado por S. E. con otro igualmente energico que acreditó no ser menor la pena que lo afligia : se finalizó así aquel pesaroso cumplido, y previo el debido acatamiento, salieron de la Sala, primero los vecinos, y despues los Señores Regidores, y en el mismo orden que caminaron á la Casa de S. E. regresaron á la del Consistorio, de cuyo portico saludaron en despedida, y con gracias, á los que formaban el acompañamiento.

Así cumplidos los primeros deberes del respeto, y principiados á satisfacer los vehementes estímulos de consumir los mas patéticos, solemnes, y cristianos sacrificios por el Alma de su bien amada Isabel, hubo la Ciudad de contener dentro de su agitado pecho esos sus anhelos, hasta que el

Excelentísimo Señor Virey, Supremo Consejo, y demas Tribunales celebrasen sus Exequias; las solemnizaron en los dias diez y ocho, y diez y nueve, y sin dar lugar á que terminara su carrera, y se sepultase en las hondas sinuosidades del Océano, el sol, que hermoseaba el horizonte de Pamplona en ese dia diez y nueve, se apresuró á comenzar las regias honras en aquella misma tarde: á la hora de las tres se reunió en su Casa de Ayuntamiento, á la que concurrieron los Señores Consultores que habian sido Capitulares en el año anterior, y un numeroso y lucido concurso de Caballeros, y vecinos, todos con riguroso luto; cuando el espiritu se halla poseido de la impresion del pesar, lo preocupa la tristeza, y es violento el descender á los ceremoniosos cumplidos, que exige la civilidad y la politica; así se verificó en ese momento, pues sin distraerse del obgeto primario, y sin por eso vulnerar las leyes de la urbanidad, solo se trató de emprender la marcha fú-

nebre á la Iglesia Catedral, la que se hizo en la forma siguiente.

Iban primero dando expresivas señales de su compuncion, y amor á la mejor de las Reynas, los Ciudadanos todos del acompañamiento en diversos pelotones, y á un grave silencio entregados: tras de ese grandioso y respetable cuerpo en porciones dividido, se dejaban ver por entre la obscuridad de sus vestiduras los clarineros, y timbaleros, presagiando el duelo de la afligida Pamplona, con la tenebrosa voz de sus clarines y atabales; en seguida caminaban con uniforme y mesurado movimiento los tres Tenientes de Justicia, simbolizando la austeridad y silencio, con que debia sentirse la pérdida dolorosa de la Temis Española; despues se presentaban en dos filas los Señores Consultores cubiertos de ropa talar, y llevando las pavorosas sombras de la melancolia en sus semblantes, que apenas verse podian por ocultarlos las anchas y caidas alas de los sombreros que oprimian sus ca-

bezas ; les precedian dos Fieles, que con sus pesadas y enlutadas mazas imponian terror y tristeza : otro Fiel cerraba la marcha de los Consultores , colocado en el centro de la calle , y siendo tenebroso anuncio de la llegada de la Ciudad.

El magestuoso continente de este Ilustre Senado espresaba con viveza tal la afflictiva pesadumbre de los doloridos corazones de todos , y cada uno de sus fidelísimos miembros , que posible no era mirarlos sin impresionarse de los sentimientos , y pánico terror que comunica el aspecto de la muerte : se veía á los despavoridos Espectadores de todos sexos y edades , que cerraban las avenidas , portales , ventanas y balcones de las calles del tránsito , recorrer ansiosos las dos ileras , que formaban los Señores Capitulares , y tornar presurosos su vista del uno al otro , como dudosos de si eran cuerpos vivos , que por si se movian , si espectros , ó si cadáveres , que conducia la muerte á sus tortuosas y sepulcrales cabernas : tal era

el caminar lento, y grave de los Señores Regidores, y tal su actitud uniforme, que ni aun mirando al Señor Alcalde, y los tres Cabos, que coronaban por medio de la calle aquella luctuosa procesion, podian desengañarse los ojos de que no eran frias imágenes de la parca, sino hombres, que poseídos del quebranto, y dominados por la pena habian hecho suyos los caractéres espantosos de la pena misma.

Esa ilusion de los ojos, hubo de ser desvanecida por el encanto del oido; ocioso y distraido estaba el de todos los que á la Ciudad observaban, cuando lo sorprendió plácidamente la dulce armonía de una música Militar que en pos de los Señores Capitulares lúgubre y melifluamente sonaba al diestro esfuerzo y suave aliento con que una gallarda porcion de los Jóvenes que regeneran y engalanan á Pamplona, se hubieron empeñado en obsequiar y solemnizar por su parte las augustas Exequias y memoria de su Soberana; su noble objeto fue

el de plañir su muerte, y supieron contristar, aunque plácida y gratamente, al inmenso concurso que absorto los escuchaba: á la espalda de tan marcial, lucida juventud, iba escoltando á la Ciudad la brabura militar de un piquete de soldados del Batallon de Voluntarios de Barcelona que guarnece esta Plaza, los que sobre añadir el ultimo realce á la funcion, servian de Escudo á los Regidores, estrechados por el atropellante gentio que ya por participar mas de cerca del sentimiento, ó ya por un efecto de su agitada curiosidad los cargaba y oprimia.

En esta forma llegó la Ciudad al anchuroso pórtico de la Iglesia Catedral, cuya maravillosa fachada inmortaliza el nombre del genio que la ideó, y puede competir en grandeza, primor, bella arquitectura, y delicadeza de su construccion con las acabadas obras que subliman el renombre de la sobervia Mémfis, de la fastuosa Roma, y de los Monumentos que en lo antiguo me-

recieron denominarse las maravillas del Mundo : el ostentoso circo que en su vistosa estension sirve de Atrio á la Santa Iglesia, sufria sobre su enlosado pavimento un inmenso pueblo que esperaba anhelante la doliente pompa, y mas por urbanidad que por deseo permitió la apertura de una angosta calle por donde pudieron apenas lograr los Regidores la entrada en el Templo : el religioso aparato por todo el esparcido, hubo de tener poderío tal en los ya compungidos capitulares que parecieron animados de las ultimas amarguras del dolor y tristeza: identificados con la lúgubre gravedad de aquel sacrosanto lugar, se dirigieron por la Nave del diestro lado, á cuyo extremo hicieron mansion los Consultores, y progresivamente los Señores Regidores para dar tiempo á que fuesen desfilando de uno en uno en orden gradual : en el pequeño momento que duró esa inmóvil actitud, hubo oportunidad para fijar la curiosa atencion en los semblantes de los que componian tan

inclito Senado, y no se presenta así pavorosa la negra nube con que el ser supremo esconde la claridad de los Cielos, cuando en tronante tempestad manifiesta su poder, y amenaza al hombre extraviado de la virtud, como era imponente, dolorida, y tenebrosa la faz sepulcral de los estaticos Capitulares, de modo que sin mancillar la pureza de la verdad, puede afirmarse, que nunca su exterior por entre la opacidad de los lutos, espresó mas vivamente la opresora pena, que consumía sus sensibles corazones; la yel de la amargura y del quebranto, que despedazaba sus fidelisimos pechos, se veia brotar por sus marchitos y macilentos rostros, en tal manera, que no era dado mirarlos, sin convencerse de que, extasiada su imaginacion les habia puesto bajo sus melancolicos ojos las yertas cenizas, y el frio, aunque bello, cadaver de la infortunada Reyna, que les habia robado la traidora cuanto despiadada muerte; tal era su continente y tal la impresion que causó en los

sensibles Expectadores , que los sollozos , la desolante afliccion y las emociones de la ternura fueron los dolorosos sintomas que en sus alterados semblantes se descubrian , y á despecho de sus esfuerzos publicaban la compuncion de su espiritu.

Se rompió este silencioso parasismo desprendiendose magestuosamente de aquel estatico cuerpo , primero el Señor Alcalde , y hollando con grave planta el Estrado , que era construido con bancos de negro forrados , desde el coro hasta el palido Capelardente , hizo una genuflexion , y en proporcionadas distancias siguió hasta las escalas del enlutado Panteon , cabe el cual repitió tres reverencias ; practicaron igual reverente obsequio á la Magestad simbolizada en la urna del Tumulo los Señores Regidores , y mesuradamente fueron ocupando los asientos que eran dispuestos á la parte del Evangelio , en la forma siguiente :

Don Manuel de Ezpeleta Alcalde , inmediato al coro , y en seguida

Don Cristoval María de Ripa Jauregui-
zar, Dueño de los Palacios de Cavo de Ar-
mería de Ripa y Jaureguizar.

Don Benito de Antillon.

El Licenciado Don Joaquin María de
Tafalla, Abogado de los Reales Tribunales
y Colegial del Real de Abogados de Pam-
plona.

Don Juan Luis de Mutuberría.

Don Andres de Igúzquiza.

Don Victoriano de Esain.

Don José Leon de Viguria.

Don Pedro Xavier Astrain.

Don Francisco Aznarez.

Don Pedro Juan Latasa.

Don Luis Serafin Lopez, Secretario.

Don Joaquin Pablo Lacarra, Capellan
Real y de la Ciudad y

Don Ramon Irañeta, Tesorero.

En los bancos, tambien cubiertos de ne-
gro, que estaban colocados frente á los de la
Ciudad en el lado de la Epistola se situa-
ron los Consultores, y en pos de aquellos

y de estos se sentaron y distribuyeron los vecinos del acompañamiento en los diversos asientos que se habian predispuesto con ese objeto de ante mano.

No bien se hubieron ordenado en esa forma , cuando resonó por todos los ángulos de la Iglesia el canto, y música fúnebre, con que desde el coro empezó á acompañar en dulce y melancólica armonía las vísperas y nocturno , en que ofició el Ilustrísimo Señor Obispo de esta Diócesi de Pontifical, realzando aquellos religiosos cultos ; se cantó á luego por el muy Ilustre Cabildo un responso con tan grata conuinacion de voces, y placida consonancia de instrumentos, que introduciéndose delicadamente por los oídos de los concurrentes , y descendiendo hasta lo íntimo de sus corazones , no pudieron ocultar , que los habia mágica y religiosamente electrizado y conmovido los afectos mas tiernos de devocion , respeto y compuncion.

Terminado ese primer acto de religion

por la memoria de la mejor de las Reynas, prestó la Ciudad tres fervientes acatamientos ante el Real Panteon, y regresó vertiendo lágrimas, en el mismo orden, y con el propio acompañamiento á su Casa Consistorial, habiendo sido preciso iluminar las calles del tránsito con muchas y diversas achas de cera, porque la obscuridad de la noche comenzó á difundir sus horrores, aumentando el luto de los Ciudadanos de Pamplona.

La esplendente aurora hubo apenas desplegado el manto, que cubria el orizonte de esta Ciudad, y dado muestras de que ya despuntaba el dia diez y nueve, cuando en la Iglesia Catedral resonaban los cánticos sagrados, las plegarias religiosas, y los cristianos sacrificios dedicados á la Alma de la virtuosísima Doña Isabel Francisca de Braganza y Borbon, cuya buena memoria será venerada y conservada, á despecho del tiempo destructor de todas las cosas en los fastos de Pamplona, y en los corazones de sus hijos, que sabrán transmitirla á las genera-

ciones venideras en alas de la gratitud , de la fidelidad , y del amor.

Abrieron aquellos fúnebres cultos los Sacerdotes del Cabildo de San Juan Bautista, y por una alternatiba continuada se generalizaron por los piadosos Eclesiásticos de todas las demas Parroquias y Comunidades religiosas , que cual columnas del Catolisismo, lo decoran y difunden en esta Capital, agradecida siempre á sus labores evangélicas : recibió cada uno de estos Ministros del Altar una vela de pálida cera de la generosidad del Ayuntamiento, y apenas se habian consumado esos multiplicados y particulares sufragios , cuando el horrisono estampido , y sonar tenebroso de las campanas todas , que coronan las empinadas torres que sirven de norte al caminante incierto , que de lejos las observa , anunció en pausados y lamentosos gemidos , era llegada la hora de concentrarse el Pueblo en el santo Templo á desahogar su pena , y alzar al alto Trono del Rey de los Reyes sus oraciones en pro

de su Soberana : se verificó así , y de pronto se dejó ver la Ciudad con la misma comitiva , la misma magestad , y el orden mismo que el dia anterior , y previas las formalidades exteriores con que manifestó su dolor la tarde antecedente , fue ocupando los asientos correspondientes : aun fluctuaban en ellos los Señores Regidores , Consultores y acompañantes , cuando el Capellan Real y de la Ciudad , y otro Sacerdote con la santa gravedad , propia de su elevado Ministerio , se dejaron ver en los dos Altares , erigidos en el Capelardente , y principiaron á celebrar el sacrosanto sacrificio de la Misa : al tiempo mismo ocupó el Altar mayor el Ilustrísimo Señor Don Joaquin Xavier de Uriz , Obispo de esta Diócesi , y ofició la Misa de Requiem con aquel fervoroso celo innato en un Prelado digno de la silla que ocupa ; posible no era que un Pastor amado de su grey dejase de infundir en esta el espíritu de ternura , de dolor , y de devocion que animaba al angustioso y respetable cele-

brante: fue con efecto el grandioso bien que produjo en los ya dispuestos oyentes.

Concluido el incruento y divinal sacrificio , restaba escuchar la apetecida voz del Orador ; todos lo anhelaban, y en alas de su propio y fiel deseo , fue visto el Señor Don Ángel Cárlos , Corista del Cabildo de San Saturnino de esta Ciudad ascender en afan ferviente, y de largos lutos vestido , al púlpito portátil que ácia el lado de la epístola en la misma regia Tumba tristemente se elebaba : con él subió la modestia , el respeto religioso, y la comedida erudicion ; habló , y fue el encanto de cuantos tuvieron la ventura de escucharlo , pues la sencilla magestad de sus conceptos , lo pateticó de sus figuras , la perfecta conuinacion de su plan, y el todo de su súblime discurso , no solo satisfizo el gusto de los sabios , sino que entretuvo dulcemente á los menos instruidos , y previno los tiros de la sátira mordaz é insana crítica , de todo lo cual será el garante menos equívoco su misma

Oracion , que impresa va al final de esta relacion: ella lleva en sí misma el elogio mas fiel de sus bellezas que mi pluma no osa describir por no serle dado elevarse á tanta altura.

Dicha que fue esa fúnebre Oracion , y mal enjugadas las lágrimas que produjo, cubrieron los Señores Canónigos, Racioneros, y Capellanes la planicie del primer cuerpo del Mausoleo , y dió principio la música á entonar los responsos que dispone el Pontifical, y se oficiaron por el orden siguiente:

Cantó el primero el Señor Don Judas Tadeo Perez , Prior de la Santa Iglesia.

El segundo Don Domingo Bernedo, Arcediano de Tabla.

El tercero Don Miguel María Daoiz y Nederist , Canónigo y Dignidad de Enfermero.

El cuarto Don Miguel Fermin Sagardoy.

El quinto y último el Ilustrísimo Señor Obispo Don Joaquin Xavier de Uriz.

Asi terminó tan luctuosa solemnidad , y

llevando la Ciudad en su latiente corazon el sentimiento no desahogado, la compuncion cada vez mas animada, y la lealtad nunca estinguida, regresó á su Casa Consistorial en el modo y forma magestuosa que hubo salido de ella para aplacar en el Templo la intensidad de su amarga pena; y para que esta pueda tener nuevo alibio, quiso corran en eternos rasgos impresos algunos de los Geroglíficos que ornaban el regio Panteon, y varias de las poesías con que encantos lúgubres lloró la Nobilísima Pamplona, y lloraron sus hijos la dolorosa y siempre sentida muerte de su virtuosa Soberana Doña Isabel Francisca de Braganza y Borbon: la esplicacion que subsigue dará una idea de lo que vivamente espresaban los emblemas que dibujaron el amor y la gratitud de esta Imperial Ciudad.

GEROGLÍFICO 1.º

Atributo es del amor el sensibilizar á quien admite sus dulces insinuaciones en su

agradecido pecho: impávido el hombre conserva su entereza en medio de los mayores peligros, cuando solo atacan su tranquilidad y existencia: la brabura de su corazón ceder no sabe al afanoso oprimir de la suerte que lo persigue; jamas se desconcierta por las aflicciones que el veleidoso mundo le prepara: cimenta su verdadera gloria en ser superior, y hacerse impenetrable á los funestos tiros de la inconstante fortuna; el llanto y la debilidad degradan la dignidad de su ser; hay, empero, situaciones que deben cambiar su carácter sin mancilla; llorar por ajenas desgracias, desconcertarse al impulso de la gratitud, sentir por ternura, y olvidar la varonil valentia por noble amor, no envilece, antes honra.

Asi la Fidelísima Pamplona, que no ha sabido perder su grandeza, ni decaer de su dignidad, cuando opresa entre cadenas enemigas, y cercada de sanguinarias huestes dentro de sus muros, ha visto preparársele su última ruina; al considerar que la des-

piadada parca ha hecho víctima de su inextinguible ambicion á su amante Reyna, digna de eternos dias, se apresura á llorarla y olvida su firmeza.

Para simbolizar esa su situacion hizo pintar un Leon, timbre de sus Armas, tendido en una umbrosa selva, y en ademán de dolor y sentimiento, y á su lado estos motes: *Mitescit in umbris. Firmitas ex funere plangit*, y debajo la siguiente:

OCTAVA.

*Fui de las selvas el terror y espanto:
todo cedió á mi aliento sanguinoso:
no hubo industria del hombre, no hubo encanto,
capaz de domeñarme, y congojoso
huyó el ardiente sol, sucumbió al llanto,
y dejó mi fiereza generoso,
ya que no es dado á mi enconosa saña
vengar la muerte de Isabel de España.*

GEROGLÍFICO II.º

Cuando la virtud, esa hermosa Deidad, que ansiosa desciende desde los alzados Cielos á la mansion del hombre para descubrirle el camino de aquellos, eligió por compañera de su augusto alumno, *el Señor Don Fernando VII*, á la no bien llorada *Doña Isabel de Braganza*, puso en la Diadema Española un luminoso y divinal Diamante, que con seductor atractivo llevaba en pos de sí las voluntades de los que se honran con el nombre Español: corrían sus dulces horas en la plácida persuasion de que una Reyna, coronada por la mano incorruptible de aquella Deidad, sería respetada por el rayo de las parcas, se lisongeaban los hijos de la Iberia de que ese bien fuera largamente duradero: desapareció á su pesar tan alhagueña esperanza; murió; fue víctima de la que no perdona cetros ni bellezas, y al verla yerto cadáver, solo ha

contenido el angustioso sentimiento de los que han gozado la plácida gloria de vivir bajo la protectora mano de tan amable Soberana, el saber por la religion, que la muerte tiene imperio sobre los cuerpos, pero no en las Almas. Pamplona con esta alusion hizo delinear una calabera sobre una Corona, con el siguiente mote *Mors tenet imperium*, glosado con el metro que subsigue.

ROMANCE.

*En vano muerte traidora,
tu siempre abara porfia,
en sangre solo se goza,
rayos destructores vibra.*

*Desde tu erizado Trono
en vano el horror envias
á la placida morada,
donde la virtud se anida.*

*Livida tu faz, en vano,
de horrido placer se agita,
al ver la inhiesta garganta,*

del hombre en sangre teñida.

*Glorias de muerte no cantes,
ni creas, Parca enemiga,
que tus victimas perecen
al filo de tu Cuchilla.*

*Los Esqueletos, que hundidos
halla en tus Cabernas miras,
tiempo será en que los veas,
alzar sus frentes erguidas.*

*Su noble ser no perdieron,
viven; la virtud amiga,
sus Almas en raudo buelo
al alto Cielo encamina.*

*Tu no imperas en las Almas;
ni es dado á tu mano impia,
cerrar las puertas doradas,
por do se entra á eterna vida.*

*Mataste á Isabel: su Cuerpo
yace bajo Tumba fria,
empero su Alma virtuosa
vive en perenales dichas.*

GEROGLÍFICO III.º

La piedra mas brillante que puede esmaltar la Diadema de los Principes, es la que engasta en su cerco de oro el amor y gratitud de los vasallos: ella con su esplendente lucir da el testimonio menos dudoso de que orla las sienes, no de un Soberano, respetado solo por temor y obligacion, sino de un padre amante de sus hijos; ella preconiza los bienes de que le son deudores; acredita lo dulce de su Imperio; inmortaliza el nombre de su Señor, é imprime en los fastos de la historia el rasgo, que mejor delinea la bondad y glorioso reinado del que señala la pública gratitud: Isabel ocupará ese lugar distinguido en el Ilustre catálogo de las Reynas de España; se ha merecido el amor de todas sus Provincias; Navarra la dirigia sus amantes votos, y Pamplona la tenia consagrado en los corazones de sus fidelísimos ciudadanos otros

tantos templos de amor y de gratitud; con el noble objeto de manifestarlo hizo se compusiera este Geroglífico de un regio Panteon, cabe el que se veian sumidos en el dolor dos tiernos Infantes, de cuya voz salian estas expresivas palabras, *Mortua est Rachel*, y un numeroso pueblo tristemente sorprendido del sonar de una campana que anunciaba muerte, y de sus labios se desprendia esta voz: *¿Quid est hoc?*

ENDECHAS.

*Porque con crudeza tanta,
ado adverso, tus delicias,
cambias hoy en tristes duelos,
y en desoladoras cuitas.*

*Porque en el latiente pecho,
do era la quietud tranquila,
difundiste el dulce nectar,
que el fuego de amor excita.*

*Porque con mano engañosa
al Hispano suelo envias*

*el vastago Lusitano,
que el Brasil embellecia.*

*Porque á la Imperial Pamplona
con tal encanto extasias,
si tan pronto has de robarla
un bien de tan alta estima.*

*Era mejor que tu mano,
del hombre siempre enemiga,
no hubiese á España traído
el ser, que hoy llora afligida.*

*Una vez que se lo dieras,
deviste á la muerte impía
mandar, que á Isabel no osara
tocar con brazo homicida.*

*Esa ley no la impusiste;
y yace Isabel sin vida,
la España en luctuosa pena,
Pamplona en dolor sumida.*

*La oprime el pesar, empero
el Noble Amor, que latia
en su agradecido Pecho,
será, cual perpetua pira,
Que á despecho de la muerte,*

*con su llama siempre activa,
la memoria immortalice
de Isabel , su Reyna amiga.*

GEROGLÍFICO IV.º

Si los hijos de Dios se acordaran siempre de que lo son ; si fascinados con los seductores alhagos , y mundanales bellezas , que en torno de si ven girar inquietas , no olvidasen que tan momentáneas y fugaces son aquellas , como su existencia , ni serian sorprendidos por la muerte , no temerian cobardes su pavoroso aspecto , ni llorarian desmedidamente el fallecer de sus hermanos : escrito está con la augusta mano del Criador del Mundo en sus libros eternos , que el hombre ha de convertirse en el polvo y en la nada , de que fue formado , y tambien que sola su alma es inmortal : desprendida del cuerpo , debe elevarse á la mansion angélica , con tal que no haya mancillado su pureza el fomes del pecado , ó el

imperio de las pasiones: por eso la muerte del Justo es un feliz tránsito, que debe solemnizarse, no con lágrimas de compasion y dolor, sino con himnos de placer, y cánticos de cristiano gozo: Pamplona en un interválo de su desolante pena fue herida por la luz de esa verdad; sus esplendorosos rayos la hicieron ver que su adorada Reyna no habia muerto para el Cielo, y tanto con el objeto de manifestar la primera idea, cuanto esta segunda, hizo dibujar un Relox de Arena sobre dos alas, cuyas puntas desplegadas miraban al Trono del Eterno Padre con este mote: *Quotidie morimur*. Le subseguia la explicacion alegórica en esta

O D A.

*El vénero abundoso
de placeres mentidos,
que el mundo seductor y proceloso
presenta á los sentidos
del hombre, que en su encanto se embebece,*

gozase apenas, cuando desaparece.

El Alma, dó gravado
reluce el sello augusto
de la inmortalidad, con desagrado,
con perenal disgusto,
rehuye noblemente el atractivo
de un bien, siempre falaz, siempre nocivo.

Con la virtud hermosa
su espiritu se hermana,
y allá pone su vista magestuosa,
donde el sol engalana
el Trono del Señor; y en raudo buelo
sube, en dejando el ominoso suelo.

Asi Isabel vivia
de la virtud al lado;
en su ferviente corazon ardia
el fuego acrisolado
del religioso amor, que immortaliza
al hombre en Dios, y el alma diviniza.

No, pues, el triste lloro,
ni el doliente gemido,
se oigan por Isabel: con plectro de oro,
y en alegre sonido,

*se cante el buelo , que Isabel ha dado ,
de la region del hombre al Cielo alzado.*

GEROGLÍFICO V.º

El suelo Navarro , fecundo en heroes ,
ha merecido al valor de sus hijos trofeos ,
que han inmortalizado su nombre : pasan-
do de generacion en generacion sus inmar-
cesibles glorias , gravadas en sus fastos , y
entalladas en sus Blasones han sido siempre
como el norte , que ha dirigido á sus na-
turales ácia el honor , y en pos del heroís-
mo : bajo el firme Escudo de su Rey Don
Sancho el Fuerte supieron pasar á los abra-
sados climas de la Betica , y en sangrienta
campaña eclipsar las medias Lunas , que
con desmedido orgullo dominaron largos
siglos á la infortunada España : su aguerri-
do denuedo dió á los Navarros las Cade-
nas , que circumbalaban la Tienda del Cau-
dillo Agareno : desde entonces las pusieron
por prez eterna en el Escudo de sus Armas ;